

Chicuelo

Como a agua de mayo estamos esperándolo. Sólo al artista ungido por la gracia, tocado por el soplo divino del genio, le están reservadas estas posibilidades de milagro.

Hundido estaba en 1928. Si no hundido, por lo menos un poco al margen del movimiento de los ases en juego. Y empezó la Feria de Sevilla y se dijo que había estado «animoso». «¿Animoso? ¡Qué raro!», pensábase. Y vino a Madrid, y sí: estaba animoso... Tres, cuatro tardes rondando el éxito, poniendo a contribución maestría, deseos de triunfar. Y al fin: ¡el milagro! AQUELLA FAENA. Aquella faena que borró todo lo que se había hecho en ocho años, sin otros puntos de contraste y referencia que las faenas memorables del Gallo, las culminantes de Belmonte... Aquella faena que sigue sin borrarla nadie; a la cual sólo—si acaso—Manolo Bienvenida pudo emular el 16 de mayo del año pasado.

Y pasan cuatro años. Cuatro años de siesta, de desencenso, de clara decadencia chicuelística.

Hundido estaba. Y si no hundido, acabado, que es peor. Porque en 1928 llevaba nueve años de alternativa. Pero ahora lleva trece... Y después de trece años de alternativa y de cuatro de fracasos y pocas corridas, lo lógico era dar hecho el acabamiento del torero. ¡Quién pensaba en Chicuelo!

No considerábamos que la lógica está reñida con el genio.

Como hace cuatro años, empezó la Feria de Sevilla y se dijo que Chicuelo estaba «animoso». ¿Animoso? ¡Rarísimo! ¿No se retiraba? ¡Si está acabado!

Y va a Barcelona, y... ¡el milagro otra vez! Su mejor faena, dicen en Barcelona. Y yo no lo pongo en duda. Porque yo que le vi la de Madrid, había visto la de Barcelona del año 26, que nada tuvo que envidiarla. Y si esta ha sido mejor, bien puede ser la mejor de su vida. ¡A los trece años de alternativa! ¡Cuando estaba definitivamente acabado!

Y ya está Chicuelo en candelero, y su nombre en las conversaciones de todo aficionado. Y Madrid esperándolo como agua de mayo. Sobre todo en vista de la repetición en Barcelona y de la repetición del triunfo. ¡Como el año 28! Porque a partir de aquella faena del 24 de mayo en Madrid, recordad la temporada que llevó: el número de corridas, y el número uno en triunfos apoteósicos.

¡Sólo al genio le están reservadas estas posibilidades de milagro!

Chicuelo

Algo por el estilo sucede con Chicuelo. Se le han dado dos corridas este año en Madrid; en las dos ha quedado bien, sin toros que se prestasen a grandes cosas. Ha estado valiente, animoso, torero, lleno de deseos de triunfar y ha triunfado con ellos. Y cuando, dado el tren en que está este año, en una de esas rachas suyas de éxito, cuajando por ahí faenas maravillosas de arte, era de esperar y se esperaba con interés su repetición, no se le repite en Madrid, dándoseles tantas corridas como se les da a los segundones y adocenados del toreo.

Chicuelo que estaba, como otras veces le ha pasado, un poco al margen del movimiento de las primeras figuras, se sacudió de pronto la melena una tarde en Barcelona; y volvió a sacudírsela otra tarde en la feria de Bilbao. Y como cuando este genial torero arma una de las suyas es para trazar una raya en lo más alto de lo sublime, a ver si hay quien supere la marca, he aquí que volvieron a lloverle contratos, y que de las 18 corridas del año anterior, se plantó fácilmente en las 43. Esto a los catorce años de alternativa. Y así será por muchos más, como él quisiere. Si la faena de Barcelona—que fué a principios de temporada—es en Madrid, las 43 corridas se hubieran convertido en las 80 y tantas de 1928.